

LA ESTACIÓN

Las luces del vagón parpadearon durante un segundo cuando el tren se internó en el túnel tomando una ligera curva hacia la derecha. Algunos de los pasajeros que íbamos de pie tuvimos que agarrarnos a las barras de los laterales o apoyarnos en las puertas para impedir que nuestros cuerpos siguiesen la inercia del movimiento.

Un segundo después todo se volvió negro. Los cascos se desprendieron de mis orejas, la música dio paso a un amasijo de ruidos metálicos y gritos humanos. El tren parecía doblarse en la oscuridad y sus ocupantes con él. Quizá hubo alguien que consiguió permanecer constante en ese alboroto, puede que todavía alguno lo recuerde. Pero yo abrí los ojos sin recordar haberlos cerrado, unos minutos, unas horas... un tiempo después de que todo se volviese negro.

Y seguía siendo negro a pesar de que mis ojos estaban abiertos. Me llevé la mano a la cabeza, comprobando de camino que en mis orejas ya no estaban los auriculares. Un líquido caliente y pegajoso me resbalaba desde la parte superior de la frente. Sangre, sin duda, no me hacía falta ver para verlo una vez que mis dedos se pusieron en contacto con la mezcla de piel, cuero cabelludo y sangre.

Estaba en el suelo, o lo que ahora era el suelo, tumbado boca abajo, y por suerte podía sentir todo mi cuerpo. Bueno, suerte por llamarlo de algún modo. Tras un par de intentos conseguí incorporarme notando cada uno de los amoratados músculos de mi cuerpo. La espalda crujió como una carraca cuando terminé de incorporarme, y por un momento mi cabeza planeó volver al suelo dando tumbos.

Sosteniendo el peso de mi cuerpo sobre lo que debía ser una pared metálica del tren conseguí evitar que el mareo me devolviese de vuelta a donde estaba. Mis ojos se habían empezado a acostumbrar a la oscuridad y ahora era capaz de distinguir deformes contornos metálicos a mi alrededor. No podía saber lo que había ocurrido, pero parecía que el vagón se había retorcido como una serpiente dejando todo su interior patas arriba.

Mis oídos también captaban leves sonidos atraídos por una brisa sin sentido que parecía provenir del final del túnel. Un goteo continuo, lento, agudo, amortiguaba el sonido estridente de una alarma aplastada también intermitente. Solo era capaz de escuchar mi respiración y mis ojos no querían hallar nada más que la salida de aquel lugar. Pero cuando mis pulmones se llenaron lentamente de aire, el oxígeno llegó mezclado con aromas que provocaron una sacudida que recorrió todo mi cuerpo hasta convertirse en arcada. No hice nada por reprimirla, y el negro silencio se llenó por un momento del sonido de mi bilis. Suerte de nuevo la mía que no había comido todavía. Aunque estaba seguro de que pronto la adrenalina abandonaría mi cuerpo y se rendiría al cansancio y el hambre.

Apartando los pensamientos pesimistas de mi mente vuelvo a centrar mi atención en lo que mis ojos alcanzar a ver a mi alrededor. Le pido a mi cuerpo las fuerzas necesarias para poder desplazarme por el entresijo de hierros hacia donde la brisa quiere arrastrarme. Allí, como si de un agujero en la piedra se tratase, el metal de las puertas se ha despegado y plegado formando una grieta de deformados bordes por la que podría caber el cuerpo de un niño.

Valiéndome de las manos y las pocas energías que me quedan, empujo con el cuerpo los bordes de las puertas, hasta que uno de sus lados cede lo suficiente para poder introducir la cabeza y el cuerpo. Durante unos segundos

el pánico me invade cuando no consigo que las piernas traspasen el umbral hacia la libertad, y es entonces cuando me doy cuenta de que estoy hiperventilado. Atrapado como una rata, intento recuperar la compostura escuchando los latidos de mi corazón, y esperando que su ritmo se ralentice a la par que mi respiración. Un empujón más, un último esfuerzo, y estoy fuera del vagón, de vuelta a la negrura del túnel que me trajo hasta aquí. A un lado y a otro la oscuridad sigue siendo tan profunda que no alcanzo a ver el contorno de un tren del que conozco su existencia gracias al frío tacto de su estructura.

Cansado y sin esperanza, camino tropezando con las piedras del suelo, siguiendo el camino que mi mano va marcando siguiendo la línea del tren. Puedo notar como la sangre de mi cabeza se desliza hasta mi ceja y cae por mi mejilla, pero no tengo fuerzas para levantar el brazo y detener la hemorragia. Pronto estaré a salvo, o al menos eso es lo que me repito, una y otra vez, una y otra vez... hasta perder la cuenta de las veces.

La oscuridad comienza a llegar a su fin. Una diminuta luz amarillenta se dibuja en el horizonte cuando pierdo la guía de mi mano. El sobresalto me hace perder el equilibrio, y mi cuerpo sin energía cae plano sobre el empedrado suelo, golpeándose con las vías que el tren debía recorrer.

Ahora gateo, aprovechando que los girones del pantalón amortiguan el peso de mis rodillas y la camisa se ha desgarrado cubriéndome las palmas de las manos, las piedras parecen tratar a mi cuerpo más amablemente. Como un bebé, sigo gateando torpemente hasta el final del oscuro pasillo, hasta que la oscuridad se convierte en penumbra, y soy yo el punto negro que atrapa la luz y se camufla entre piedras y raíles.

La estación está vacía, las luces encendidas, los pasillos desiertos. Lanzo una esperanzadora mirada a la nada cuando mis ojos reciben la luz de los fluorescentes, y respiro aliviado al realizar el último esfuerzo que me lleva hasta la parte superior del andén. Desde allí arriba los raíles no son más que un par de líneas infinitas ocultas entre piedras.

Tirado boca arriba sobre el suelo frío de azulejo, lleno mi cuerpo de aire fresco, con los párpados cerrados, espero a que mis ojos se acostumbren de nuevo a la luz, y mis manos instintivamente vuelven a palpar la herida, ahora cubierta por una costra de sangre que se engancha entre mis pelos.

Alguien vendrá, las cámaras del andén deben haber captado mi imagen, alguien habrá notado que el tren no ha pasado. Por eso no hay nadie en la estación, por eso estoy aquí, y solo tengo que esperar, exactamente donde estoy. Parece que ya vuelvo a ser capaz de pensar con claridad y mis entumecidos miembros van recobrando poco a poco la fuerza.

No sé cuánto tiempo pasé allí, quizá perdí nuevamente el conocimiento o los minutos se convirtieron en horas, o el tiempo pasó más despacio de lo que esperaba, y decidí levantarme para buscar ayuda en la superficie.

La estación está vacía, los torniquetes abiertos, las máquinas encendidas. Atravieso la salida sin pensar en nada más que en el tacto de la luz del sol y cierro los ojos de nuevo para recibirla.

- ¡Muévete! – alguien me empuja desde atrás y continúa su camino.

Confundido, abro los ojos, y de allí donde solo había máquinas, el gentío de la estación se arremolina. En la calle todo parece normal, nada está fuera de lugar. Y mi mano acaricia inconscientemente el lugar donde estuvo una herida que ahora parece haberse evaporado. Incluso el reguero que recorría mi cara ha desaparecido.

Aferrándome a la ignorancia como salvación de la locura, le doy la espalda a la estación y continúo mi camino. Por suerte, era la estación en la que mi trayecto terminaba.